

una cifra considerable los presupuestos futuros (1). La disminución de las rentas, consecuencia de muchas malas cosechas, hacía más sensibles las exigencias del fisco, y el exceso de los gastos desagradaba tanto más cuanto que el dinero público parecía aplicado no á las necesidades propias del país, sino á planes no comprendidos é ignorados. Y las preocupaciones financieras agravaban las cargas militares que las hacían más sensibles. Pero el mayor de todos los cargos contra el gobierno se derivaba de la política religiosa: los católicos súbditos de Víctor Manuel, ortodoxos por tradición á ejemplo de sus padres, presenciaban afligidos las contiendas con Roma, que llegaban á preocuparles, y temían sobre todo que, en expiación de tan audaces novedades, enviara el cielo algún castigo; no obstante, establecían una distinción entre Víctor Manuel y su principal consejero, quien, según decían, abusaba del carácter débil de su soberano, le comunicaba noticias falsas ó alteradas y lo llevaba por caminos tan peligrosos para su conciencia como para el interés de su pueblo. El clero nada omitía para avivar estas impresiones y desplegaba una actividad tanto más vehemente cuanto que pronto iba á presentarse una ocasión (sin duda la última) para disputar y acaso reconquistar el terreno perdido.

En efecto, los poderes del parlamento terminaban en 1857, y ante la proximidad de una prueba que la gravedad de las circunstancias hacía particularmente decisiva, Cavour creyó oportuno moderar su política respecto de Roma y suavizar con algunas medidas de detalle sus precedentes rigores. Después, con motivo de la inauguración de las obras del túnel del monte Cenís, partió con el rey para visitar la Saboya, más rebelde que el resto del reino á la nueva política. En aquel territorio abnegado y leal Víctor Manuel fué recibido con aclamaciones que no eran sino el testimonio de una antigua fidelidad, pero en las que el primer ministro creyó ver una especie de adhesión á sus miras personales. Cavour, engañado por la acogida cortés de las poblaciones que se conceptuaban más hostiles, se tranquilizó, siendo esta una de las poquísimas ocasiones en que falló su previsión.

El clero, secretamente y con rara unanimidad, disciplinaba para la lucha electoral á los católicos, quienes, resueltos á aprovecharse por vez primera de la libertad común, mostráronse tan activos, tan audaces y hasta tan violentos como sus rivales. Estos, acostumbrados á adversarios que no se defendían ó se defendían en otro terreno, sintiéronse dominados por la sorpresa, la impotencia y la cólera. Un sentimiento sobre todo se imponía en las masas rurales, y era una antipatía manifiesta contra los emigrados italianos tan favorecidos por Cavour; una desconfianza absoluta hacia todo candidato exótico; una voluntad firme de substituir á la política italiana, llena de decepciones y de peligros, la política piemontesa, más limitada, más modesta, pero menos costosa y más segura. El primer ministro aparentaba mirar con calma y sangre fría ese desbordamiento extraordinario de rivalidades y de pasiones: «No me inquietan ni me preocupan,» decía; pero esta indiferencia era fingida, pues en realidad estaba consternado por el

(1) Véase sobre la situación financiera del Piamonte, *Atti del parlamento subalpino*, 1858, tomo VI, págs. 1690-1957, y especialmente los discursos del Sr. de Revel.

fracaso que preveía y al mismo tiempo irritado por haberse convencido tan tardíamente del peligro.

Habiéndose verificado las elecciones el 15 de noviembre, en los días siguientes pudieron calcularse los resultados; en Saboya, en Cerdeña y en Liguria, los católicos habían triunfado casi en todas partes; y en cambio había habido empate en las elecciones de los ministros Rattazzi y Lanza; el general La Marmora había sido derrotado en Pancalieri y si entraba en la Cámara era por los votos de los electores de Biella; y el mismo Cavour á duras penas había podido salir triunfante por el primer colegio de Turín. Ciertamente que el gabinete seguía teniendo mayoría, gracias á las antiguas ciudades piemontesas que, casi en su totalidad, se habían mantenido fieles á la política ministerial; pero los católicos disponían de más de sesenta votos, es decir, de la tercera parte de los puestos de la Cámara, y si no eran bastante fuertes para escalar el poder, parecían serlo lo suficiente para paralizar la acción de todo gobierno que se formara sin ellos y sobre todo contra ellos.

Cavour, que no había previsto la derrota, ingenióse inmediatamente para repararla; por otra parte, á los católicos les faltó todo para transformar su victoria real en un triunfo decisivo, y el rey, ligado en lo sucesivo á Cavour, en vez de apoyarlos, desautorizó toda connivencia con ellos. Varios de los elegidos que á título de canónigos pertenecían al clero fueron declarados incapacitados para ejercer su mandato en virtud de una interpretación legislativa más sutil que leal; y la misma oposición, intimidada por la presión oficial ó desesperando del resultado definitivo, flaqueó en las elecciones complementarias, que fueron para el gabinete un éxito y casi un desquite. El ministro del Interior, Sr. Rattazzi, culpable de no haber triunfado, fué sacrificado; pero luego, contra todo lo que se esperaba y después de tan viva alarma, el ministerio se reconstituyó.

A todo esto, sobrevino un acontecimiento que, según todas las apariencias, había de destruir la obra de Cavour y que, sin embargo, por una evolución imprevista de los sucesos la precipitó.

XI

El día 15 de enero de 1858 tívose noticia del atentado Orsini, que causó en Turín una emoción, aunque de diferente carácter, tan grande y tan llena de ansiedad como en París. El asesino era italiano; á Italia había pedido sus cómplices y por la causa de Italia había armado su brazo; cinco días antes del atentado, Mazzini había publicado en Génova un manifiesto que respiraba odio y cólera y contenía siniestras predicciones; y en ningún país, excepción hecha de Bélgica y de Inglaterra, había tan gran número de refugiados como en el reino de Cerdeña. Es más, al día siguiente del crimen un diario piemontés se dedicó no á alabar el asesinato, pero sí á disculparlo.

En los días que sucedieron al complot, Cerdeña, lo propio que Inglaterra, vióse objeto de la reprobación general y todos sus amigos se juntaron para rogar, para conjurar al emperador á que abandonara para siempre á la nación ingrata que pagaba con el asesinato su constante benevolencia. Por grande que fuese la fama de hábil del ministro sardo, dábase como cosa hecha su

caída y nadie ponía en duda que su país, libre de su ardiente dirección, volvería al camino tradicional del que había intentado apartarse.

El ministro de Negocios extranjeros, Sr. Walewski, en un despacho dirigido en 22 de enero á nuestro representante en Turín, el Sr. de La Tour de Auvergne, recordó el principio de solidaridad de las coronas, quejóse de los excesos revolucionarios, denunció los actos de los emigrados, maltrató al diario de Mazzini, *La Italia y el Pueblo*, y sin formular ninguna petición concreta, invitó al gobierno á que atendiera, por su parte, á la seguridad común. Cavour se guardó de contestar oficialmente y creyó apaciguar la tormenta con algunas explicaciones amistosas: condenó con horror el atentado, encomió la vigilancia de su policía, prevaleció de los muchos decretos de expulsión ya firmados ó á punto de firmarse que habían de alejar del país á los refugiados más comprometedores, y por una evolución tan descarada que dejaba de ser hábil, se le ocurrió achacar á los príncipes italianos, y especialmente al papa, la responsabilidad de sus apuros. El Padre Santo, al decir de Cavour, alejaba de sus Estados á un gran número de súbditos suyos que se refugiaban naturalmente en el Piamonte como en territorio libre: ¿qué hacer en tal situación? Restituirlos á su patria de origen era cosa impracticable, y no menos difícil resultaba empujarlos hacia los territorios vecinos; de aquí los focos de agitación cuyo ardor se esforzaba en moderar la policía piemontesa, pero que no podía suprimir por completo. La explicación era, en verdad, muy deficiente, y el Sr. Walewski habría sido demasiado bonachón si la hubiese aceptado; por esto llamó al representante del Piamonte al ministerio de Negocios extranjeros y le echó en cara con cierta energía la inercia de la Cerdeña, que contrastaba con la diligencia de Bélgica y hasta con el lenguaje de Inglaterra. Muy poco después, el Sr. Walewski, en otro despacho al Sr. de La Tour de Auvergne, concretó sus reclamaciones y pidió que fuera suprimido el periódico *La Italia y el Pueblo*, que se privara á los refugiados del derecho de escribir en los diarios y, por último, que se modificara la ley penal en el sentido de facilitar la persecución de los delitos ó crímenes internacionales. En la imposibilidad de continuar en la posición ambigua en que se había colocado, Cavour invocó las leyes piemontesas que en materia de prensa no concedían al gobierno el derecho de supresión; disculpó á los emigrados que pecaban indudablemente por exceso de ardor, pero que en cambio eran, por regla general, los que en los diarios defendían con mayor celo la alianza con Francia; y en cuanto á la legislación penal, no se negó á reformarla. En efecto, algunos días después presentóse en el Parlamento un proyecto de ley que castigaba con penas especiales no sólo el asesinato político, previsto ya en los códigos anteriores, sino además la conspiración contra los soberanos extranjeros; el propio proyecto de ley tenía por objeto reprimir la apología de los crímenes políticos y creaba para ciertos casos un jurado especial. Por importantes que fuesen estas concesiones, era dudoso que logran reanimar la benevolencia de la corte de las Tullerías. Víctor Manuel había enviado á París al general Della Roca para felicitar al emperador por el fracaso del atentado; Napoleón recibió al mensajero con toda clase de con-

sideraciones personales, pero condenó con dureza la política imprudente y las culpables tolerancias del gabinete sardo. Por aquel mismo entonces se supo que el jurado acababa de absolver al periódico que había disculpado el atentado Orsini; y poco después tívose noticia de que la Cámara de diputados había acogido con desconfianza el proyecto de ley presentado por Cavour y de que la comisión parlamentaria propondría que fuese rechazado.

¿Quedaría rota para siempre la alianza tramada por Cavour? Los verdaderos amigos de una política exclusivamente francesa pudieron creerlo así ó cuando menos temerlo; pero lo imprevisto, sobreponiéndose á todo, hizo que sucediera lo contrario. La historia, en esta ocasión, toca los confines de la novela; si tratáramos de hacerla verosímil, dejaría en el mismo momento de ser verídica; por esto hemos de consignar los hechos, pero renunciando á enlazarlos entre sí.

El día 25 de febrero comenzaron en el tribunal de los Assises del Sena las sesiones del asunto Orsini, proceso memorable que ya hemos relatado. Julio Favre, que defendía al conspirador, al terminar su alegato sacó de su cartera una carta de su cliente: no era aquella una de las cartas triviales dirigidas á pariente, á un amigo ó á menudo fabricadas para ablandar la justicia ó provocar un indulto; nada de esto, pues con ella no se esperaba desarmar al jurado, ni en ella se solicitaba gracia alguna. La carta había sido escrita por el asesino é iba dirigida á la víctima por éste elegida. Orsini, al borde de la tumba, presentábase como consejero del emperador y ya que no había podido precipitarle en la muerte, trataba de dictarle su vida. Julio Favre, en medio de la curiosidad y de la estupefacción generales, leyó la carta con voz lenta y un tanto apagada que aumentaba y, por decirlo así, grababa la emoción. Orsini rechazaba altivamente toda clemencia y se negaba á «humillarse ante aquel que había matado la libertad naciente de su patria;» pero «hallándose cercano al final de su carrera, quería intentar un último esfuerzo para ayudar á Italia.» Fijándose en las próximas eventualidades, pedía al emperador «que no interviniera contra la independencia de su país y sobre todo que impidiera las intervenciones extranjeras;» «porque, añadía, de la conducta de Francia depende la vida ó la muerte de una nación á quien debe Europa en gran parte su independencia.» Terminaba Orsini su epístola en los siguientes términos: «Yo conjuro á Vuestra Majestad que devuelva á Italia la independencia que perdieron sus hijos en 1849 por culpa de los franceses. Acuérdese Vuestra Majestad de que los italianos, mi padre entre ellos, derramaron gozosos su sangre por Napoleón el Grande, adonde quiera que á éste le plugo llevarles; acuérdese de que le fueron fieles hasta su caída; acuérdese de que mientras Italia no sea independiente, la tranquilidad de Europa y la de Vuestra Majestad no serán sino una quimera. No rechace Vuestra Majestad el deseo de un patriota que se dispone á subir las gradas del patíbulo; libre Vuestra Majestad á mi patria y la bendición de veinticinco millones de ciudadanos le acompañarán en la posteridad.»

¡Cosa extraña! En aquel tiempo en que las prerrogativas de la defensa estaban tan estrictamente limitadas, Julio Favre pudo leer la carta hasta el fin, sin que del

tribunal saliera una voz para interrumpirle. Más aún; en medio del silencio mismo, en medio de la misma inusitada tolerancia, pudo, con un comentario enérgico, con una adjuración directa al emperador, subrayar, completar y aclarar lo que él llamó entonces y se ha seguido llamando después el testamento de Orsini. ¿Qué significaba esa licencia extraordinaria en una época en que toda licencia era rigurosamente reprimida? Aquella invocación suprema del conspirador, matizada y graduada con habilidad infinita, comenzaba con una intimidación y terminaba con una súplica, como si el autor de la carta hubiese querido á la vez sacudir por medio del miedo la apatía del soberano y despertar en su alma algún antiguo recuerdo dormido. Un arte tan consumado ¿no revelaba acaso que una mano más ejercitada había guiado á la de Orsini? ¿Tendría éste en su pasado algún título misterioso que le autorizara para entablar aquella especie de coloquio público que ponía transitoriamente bajo un mismo pie al asesino y á la víctima, al miserable criminal y al omnipotente emperador? Se han hecho todas las suposiciones imaginables y se han relacionado toda clase de coincidencias; pero de todos esos indicios sueltos é incoherentes no se ha podido deducir nada cierto ni siquiera verosímil. Francia y Europa, en tanto, se asombraban de aquellas extraordinarias familiaridades del crimen; y ya Cavour sacaba, á su manera, provecho de esas tolerancias y aparentaba lamentarse de ellas: «La situación creada por el emperador á Orsini, escribía en 4 de marzo al marqués de Villamarina, hace cien veces más difícil nuestra tarea. ¿Cómo combatir con éxito la apología del regicidio, cuando en Francia estudian el modo de hacerlo interesante por otros medios mucho más eficaces por cierto que algunos malos artículos de periódicos (1)?»

No terminaban aún aquí los asombros ni la buena suerte de Cavour. Orsini, al regresar á la cárcel después de su sentencia de muerte, volvía á ella no marcado con la mancha suprema, sino rodeado de una especie de aureola. Convertido en personaje de moda y habiendo tomado afición á la correspondencia, escribió á Cavour, el cual no le contestó, «pues no quería, según decía irónicamente, felicitarle.» El condenado, como de costumbre, fué trasladado á la Roquette, última etapa que precede al patíbulo, y allí recibió, entre otras visitas, la del prefecto de policía, el Sr. Pietri, corso de nacimiento, es decir, semicompañero de Orsini, el cual le explicó las generosas intenciones del emperador respecto de Italia y le hizo ver la locura que sería hacer desaparecer al único hombre que tenía poder y voluntad para libertarla. Entonces Orsini escribió nuevamente al emperador (9 de marzo), pero ya no para amenazar ni lamentarse, sino para condenar el asesinato político y recomendar, en una súplica suprema, á la Francia y á su soberano la suerte de Italia. «Los sentimientos de simpatía de Vuestra Majestad á Italia no son para mí pequeño consuelo en el momento de la muerte. Muy pronto habré dejado de existir; y antes de exhalar el último aliento vital, declaro que el asesinato, sea cual fuere el pretexto tras del cual se ampare, no entra en mis principios, á pesar de que por una fatal aberración de es-

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, página 197.

píritu organicé el atentado de 14 de enero. No, el asesinato político jamás fué mi sistema y lo he combatido, á riesgo de mi existencia, con mis escritos y con los actos de mi vida política. Mis compatriotas, en vez de contar con ese medio del asesinato, aprendan de labios de un patriota dispuesto á morir, que sólo su abnegación, su lealtad, su unión y su virtud pueden asegurar la redención de Italia, hacerla libre, independiente y digna de la gloria de nuestros antepasados. Voy á morir tranquilo y no quiero que ninguna mancha mancille mi memoria. En cuanto á las víctimas del 14 de enero, les ofrezco mi sangre en expiación y pido al cielo que los italianos, cuando hayan recobrado su independencia, indemnizen á los que han padecido. Permítame Vuestra Majestad que le pida el indulto no para mí, sino para aquellos de mis cómplices que han sido condenados á muerte.» De día en día la personalidad del patriota iba borrando la imagen del criminal, y esa extraña rehabilitación que precedía al castigo era obra del mismo á quien Orsini había querido herir. ¿Se consumaría la expiación? Muchos lo pusieron en duda. Celebróse un gran consejo en que se discutió ampliamente sobre la suerte del conspirador; pero la premeditación horrible del atentado, el número de muertos y heridos y la magnitud de la emoción pública no permitieron el ejercicio de la imperial clemencia. Orsini subió, pues, al patíbulo, pero menos como criminal á quien se maldice que como víctima á quien se adorna con flores, y con la extraordinaria buena suerte de haber fortalecido la causa italiana en vez de desacreditarla para siempre.

Cuando en Italia se supo la ejecución de Orsini, los más exaltados le veneraron como á un mártir y le honraron «como á una especie de Guillermo Tell (2),» y los más moderados le compadecieron, formándose de esta suerte la leyenda que dura todavía. ¿Podemos mostrarnos asombrados de estas muestras de respeto y simpatía cuando en la misma Francia el emperador se dedicaba á engrandecer á su asesino? Los retratos de Orsini se vendieron secretamente en todos los ámbitos de la península y la curiosidad pública recogió solícita las menores circunstancias de su vida y de su muerte. En Padua, los estudiantes de la Universidad escogieron una iglesia para hacer una manifestación, y un día, al terminar la misa, entonaron en un acorde inmenso el *De profundis* por el alma de aquel que parecía casi un precursor. A estas muestras de simpatía agregé un homenaje más ostentoso: la *Gaceta oficial del Piamonte* publicó en 31 de marzo las dos cartas escritas por Orsini en Mazas y en la Roquette, elevando de este modo á la categoría de documentos históricos las elucubraciones del conspirador; y todo el mundo comprendió que el gobierno piamontés no se habría aventurado á disponer esa publicación, que constituía una verdadera amenaza contra el Austria, si el emperador de los franceses no hubiera autorizado y hasta sugerido tamaña temeridad. «Recibimos de una fuente segura los últimos escritos de Orsini,» decía el preámbulo de la *Gaceta oficial*; y los modernos historiadores de Italia afirman que esa «fuente segura» no era otra que el gabinete imperial, y añaden que Cavour, con ser hombre que tan difícilmente se desconcertaba, turbóse ante tal atre-

(2) *Souvenirs de la marquise d'Azeglio*, pág. 532.

vimiento, indicó las cóleras probables del Austria y pidió que se diera á su país una garantía contra las eventualidades del porvenir. Napoleón entonces respondió á esto, según ellos, insistiendo nuevamente, en vista de lo cual se ordenó la inserción en la *Gaceta* de aquellos documentos (1).

Aquella crisis extraordinaria había permitido á Cavour acabar de conocer al emperador de los franceses, adivinando entonces que para transformar á éste en instrumento dócil tan eficaces eran las amenazas como las caricias. Desde aquel momento dedicóse á mezclar la intimidación con el halago y á servirse simultáneamente de una y de otra para beneficiar los asuntos de su país; y así tan pronto se ingenia en exagerar los progresos de la revolución italiana, progresos tan grandes que lo invadirán todo si el Piamonte no la dirige absorbiéndola, como describe la exaltación de los partidos y agrega artificiosamente que si no se les da alguna garantía, será difícil y hasta imposible sofocar ó prevenir nuevos complotos. En Turín, el Sr. de La Tour de Auvergne, órgano del Sr. Walewski, usaba ya un lenguaje más moderado y de París llegaban informes cada vez más alentadores. En el entretanto, la Cámara piamontesa, animada de sentimientos más prudentes, se decidió á votar la ley sobre las conspiraciones contra los soberanos extranjeros, y cuando el Sr. de Villamarina se presentó en las Tullerías para comunicar tan buena nueva al emperador, éste le dió las gracias, le trató con especial benevolencia y luego le dijo con una intención que subrayaba sus palabras: «Vamos á ver, ¿en qué estado se encuentran las fortificaciones de Casale? ¿Y las de Alejandría (2)?»

XII

En los últimos días de mayo llegó á Turín un personaje muy modesto por su rango, pero poderoso por su amistad con el emperador, y á la vez amigo muy entusiasta de Italia, el Dr. Conneau, el cual vió al rey y al primer ministro, habló mucho de las simpatías que unían á las cortes de las Tullerías y de Turín, y añadió que el emperador pasaría dentro de poco un mes en Plombières y se encontraría, por ende, muy cerca de la frontera piamontesa. Después se calló esperando el efecto de la insinuación. Cavour, encantado por tales palabras, guardóse de hacer notar el error geográfico que colocaba á Plombières á las puertas del reino sardo y contestó diligente que también él tenía proyectado descansar durante el verano una temporada en Suiza y que desde allí tendría sumo gusto en ir á ofrecer sus respetos al emperador.

Pero transcurrieron los días sin que llegara ningún otro mensajero, en vista de lo cual Cavour escribió al Sr. de Villamarina: «Estoy impaciente por saber si el emperador cumplirá lo que Conneau me ha insinuado, invitándome á que vaya á verle á Plombières (3). ¿Habrá adivinado el Sr. Walewski y sus amigos, que no

(1) Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, págs. 403-404. - *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, páginas 540-541.

(2) Carta del Sr. de Villamarina á Cavour, 29 de marzo de 1858 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, pág. 402).

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 560.

se descuidaban un momento, las intenciones de su soberano y logrado estorbarlas? El ministro sardo estaba sumamente inquieto acerca de este particular y se consumía en crueles incertidumbres: «Walewski y la mayoría de los agentes políticos de Francia, escribía, sólo representan pasiones mezquinas y en modo alguno los grandes pensamientos que concibe la inteligencia del emperador (4).»

Era preciso á toda costa provocar esos grandes pensamientos y apresurar su explosión; á este fin Cavour, viendo que no recibía ningún mensaje, sin reparar en nada se puso en camino el 11 de julio, rodeando su viaje de gran misterio y llevándose dos pasaportes, uno á nombre suyo, como presidente del consejo, y otro á nombre de José Benso «que va á Suiza y á Francia.» *L'Opinione*, órgano oficioso del gabinete, anunció anticipadamente el itinerario adoptado, según el cual el ministro iría á Saboya para visitar las obras del monte Cenis; desde allí se dirigiría á Suiza, regresaría por el Lukmanier, en donde se pensaba establecer la línea férrea que luego se trazó á través del San Gotardo, descansaría en Chamounix algunas semanas y después de este reposo volvería á encargarse de la dirección de los negocios.

Al llegar á Ginebra, esperaba á Cavour una buena noticia: una carta del general Beville, ayudante del emperador, le manifestaba que el soberano *tendría un gran placer* en recibirle en Plombières. Ante la idea de un paso tan decisivo y ya tan próximo, Cavour, que hasta entonces se había visto obligado á contenerse, sintióse presa de gran exaltación y confuso al mismo tiempo, según lo prueba la carta que escribió á La Mármora, único de sus colegas á quien hiciera objeto de todas sus confidencias, carta en la cual decía, entre otras cosas: «El drama se acerca al desenlace; ruega al cielo que me inspire á fin de no cometer ninguna torpeza en ese momento supremo. A pesar de mi habitual confianza, experimento gran inquietud (5).» Pero lo solemne de las circunstancias no le desconcertaba hasta el punto de obscurecer su previsión; por esto, á fuer de hombre prudente, recomendó al propio tiempo que se iniciara en el secreto del viaje al Sr. de La Tour de Auvergne, ministro de Francia, el cual tenía un hermano al servicio personal del emperador, y no convenía en modo alguno que se enterara por un conducto indirecto de lo que hasta entonces se le había ocultado.

En la noche del 20 de julio Cavour estaba en Plombières y á las once de la siguiente mañana fué recibido por Napoleón III, quien, sin ningún preámbulo, abordó el grave asunto que motivaba la entrevista y manifestó que estaría dispuesto á apoyar al Piamonte en una guerra contra el Austria mediante la doble condición de que la lucha no sería una lucha revolucionaria y de que se la podría disfrazar con un pretexto plausible á los ojos de la diplomacia. Los dos cómplices (pues no cabe darles otro nombre) analizaron una por una las causas posibles del conflicto: Cavour comenzó por invocar el incumplimiento de los tratados de comercio existentes entre Turín y Viena, y luego la extensión excesiva del poderío austriaco en los ducados y en las Romanas;

(4) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, página 249.

(5) *Idem*, tomo II, págs. 562-563.